

Las cualidades del Superior General de la Compañía hoy¹

Nicholas Austin

¿Sigue siendo válido para el jesuita actual la breve referencia de las Constituciones sobre “Cómo ha de ser el Preósito General” [Co 723-735]? La pregunta tiene interés a las puertas de la Congregación General 36 de la Compañía de Jesús. El retrato que hizo San Ignacio del P. General describe, ciertamente, “*las partes de su mucho espíritu y virtudes*” que debería necesitar [Co 791]. ¿Tiene alguna validez este retrato en nuestros tiempos?

La terminología empleada en dicho retrato puede parecer hoy trasnochada. Pero, sin embargo, su insistencia en las virtudes del elegido sigue teniendo fuerza. Cuando nombramos gente para puestos de gobierno en las instituciones modernas, tendemos a pensar como primordial el que sea especialista en conocimientos y habilidades. Buscamos expertos en derecho, finanzas, idiomas o gerencia. Hay un peligro, entonces, de que los rasgos de carácter que hacen idónea a una persona para el liderazgo sean eclipsados por sus competencias específicas en algún tipo de conocimiento técnico. Frente a eso, Ignacio valora, más que las excelencias técnicas de una persona, las cualidades más profundas de su mente y de su corazón. Lo que él llama “*virtudes*”. Porque lo que él quiere para dirigir la Compañía de Jesús no es un mero experto, sino una clase determinada de persona, alguien que pueda dirigirnos sobre todo con su ejemplo, que sea “*un espejo y dechado*” para todos nosotros [Co 726]. Lo que quiere, sobre todo, es que sea un buen jesuita.

Estoy convencido de que el retrato ignaciano del Superior General puede continuar desempeñando hoy, al menos, dos importantes roles, muy relacionados entre sí. El primer rol es que dicho retrato pueda, según la intención original de Ignacio, ofrecer todavía criterios para elegir un nuevo Superior General de la Compañía de Jesús. Elegir un P. General no es escoger a alguien con un impresionante ‘*curriculum vitae*’, sino elegir

¹ Traducido por Enrique Prieto, S.J. y Josep Munitiz, S.J.

a una persona sobresaliente en las virtudes elogiadas por Ignacio, más que en cualesquiera otras cualidades. Las teorías contemporáneas de liderazgo reconocen cada vez más la necesidad de atender al carácter de una persona a un nivel profundo, y ésta es también la descripción que nos ofrecen las Constituciones de la Compañía, de una forma nítida.

Las teorías contemporáneas de liderazgo reconocen cada vez más la necesidad de atender al carácter de una persona a un nivel profundo.

En segundo lugar, el retrato que nos ofrece Ignacio es un principio básico para cualquier programa de formación, y una guía insustituible para cualquiera que busque crecer en “el camino hacia Dios” que Ignacio y los primeros jesuitas recorrieron. Existe, naturalmente, el peligro de considerar este retrato como algo no realista, como una medida imposible de alcanzar. El objetivo de Ignacio, sin embargo, no es obligarnos a entrar en un molde determinado, sino más bien animarnos a hacer “*un progreso en el Señor*”, según nuestras capacidades, en esa precisa dirección. Algo que nos indique la dirección en la que empeñarnos.

Todavía más: aunque Ignacio presenta ciertamente un ideal, yo no creo que su retrato del P. General sea *idealista*. Una manera realista de darse cuenta de ello es pensar en algún jesuita a quien se quiere y admira, y preguntarse por qué. Generalmente, la respuesta será que es un hombre sabio, compasivo y humilde, precisamente las cualidades que menciona Ignacio y de las que, en realidad, él mismo da ejemplo. Pedro de Ribadeneira destaca estupendamente bien que en la descripción de las cualidades del P. General, Ignacio sin pensar en ello, dibujó un bosquejo de sí mismo perfectamente acabado.² Es decir, que a la vez que propuso un ideal exigente, los materiales que aplicó a su retrato fueron cualidades reales de gente real.

Cómo leer el retrato del P. General que hace Ignacio

El mismo Ignacio nos ofrece una guía para leer el texto, en un breve párrafo o nota de pie de página: “*A estas seis partes se reducen como a principales las demás, pues en ellas consiste la perfección del Prepósito para con Dios y lo que perfecciona su afecto y entendimiento y ejecución; y también lo que le ayuda de los bienes del cuerpo y externos; y*

² Cf. P. DE RIBADENEIRA, *Modo de gobernar del Padre Ignacio*. Ofrece una larga serie de “principios universales y prácticos” que usaba “nuestro bienaventurado Padre” en su modo de gobierno.

según la orden con que se ponen, así se estima la importancia de ellas” [Co 724].

Las seis cualidades por lo tanto tienen un orden muy pretendido. Ignacio está empleando un entendimiento bíblico y escolástico de la persona humana como espíritu, alma y cuerpo. El ‘espíritu’ es aquello por lo cual nos relacionamos con Dios. Bajo el título de ‘alma’, él incluye corazón, entendimiento y el *poder ejecutivo* (la habilidad para poner en acción lo que uno desea). Tampoco desprecia el ‘cuerpo’ y los dones externos de presencia y prestigio. La intención de Ignacio aquí es sólo indicar las virtudes y otras cualidades que se necesitan en cada una de las esferas o dimensiones de la persona humana.

Dos cosas son particularmente dignas de mención. La primera es que el esquema presenta una visión notablemente holística de la persona humana. Para Ignacio ésta no es puro intelecto; las afecciones y motivaciones de una persona son significativas para él. A su vez, también evita romanticismos señalando la importancia de la capacidad práctica para hacer y ejecutar las buenas decisiones. El cuerpo también tiene su importancia para él. Pero el espíritu permanece como lo más profundo e importante de todas las realidades propiamente humanas. La persona humana, por lo tanto, no es espíritu o corazón o cabeza o manos o cuerpo solamente; todas estas dimensiones juntas forman un ‘todo’.³ La importancia de esta antropología holística para la formación del jesuita debería ser evidente: no hay que dar demasiada importancia a un elemento a costa de cualquier otro, ya que todos son importantes. La educación del intelecto, afecciones, ejecución, espiritualidad: todas tienen su debida importancia. Incluso una preocupación bien ordenada por la salud del cuerpo y la apariencia física tiene su legítimo, aunque subordinado, lugar. La norma que fluye de esta visión es un equilibrio de desarrollo integral humano y espiritual.

En segundo lugar, el esquema refleja una jerarquía subyacente, o ‘un sistema de valores’ como diríamos hoy: “*la importancia de estas seis cualidades está indicada por el orden en el cual están colocadas*”. La manera de ordenarlas es sorprendente. El mundo tiende a valorar los bienes externos (riqueza, honor) en el primer lugar, y luego la salud y la belleza del cuerpo; luego vienen los logros, luego la inteligencia, luego tal vez las motivaciones del corazón, y en último lugar, al menos algunas veces, alguna clase de conocimiento de lo espiritual. Para Ignacio, en completo contraste, la espiritualidad o la relación con Dios viene primero; luego las

³ Cf. A. M. DE ALDAMA, *Iniciación al estudio de las Constituciones*, CIS, Roma 1979, 270-280.

motivaciones internas del corazón; luego la inteligencia, aprendizaje y sabiduría; luego la acción; y en último lugar los dones corporales y externos. El progreso es desde el hombre interior al hombre exterior, más bien que al revés, y de lo más alto a lo más bajo. En el retrato, Ignacio cambia los valores del mundo de arriba abajo y de dentro afuera.

El texto, entonces, ha sido construido con cuidado según una estructura lógica subyacente; tiene una profundidad que puede no ser reconocida en un primer vistazo. Esta visión holística de la persona humana puede guiar la formación, ya que una persona se hace consciente de ser poco madura o negligente, conforme a uno u otro aspecto de la descripción en su conjunto. Su sistema de valores, que está más de acuerdo con el evangelio que con el mundo, nos reta a poner lo primero en primer lugar, comenzando con nuestra relación con Dios y las cualidades del corazón. Teniendo la llave interpretativa de Ignacio a mano, podemos volver, entonces, al resto del retrato.

Las seis cualidades

Ignacio nos indica seis cualidades, o para ser más precisos, seis grupos de cualidades. Se corresponden a lo que podemos llamar Espíritu, Corazón (afecciones o afectos), Cabeza (entendimiento), Manos (poder ejecutivo), Cuerpo y Aspectos externos. Sin explayarnos en cada una, intentaré destacar lo que considero más distintivo acerca de la visión que tiene Ignacio del liderazgo del jesuita.

Para empezar, merece la pena tener en cuenta un principio básico: el Superior General debería “*ser una persona cuyo ejemplo en todas las virtudes ayude a los demás de la Compañía*” [Co 725]. Como Ignacio había explicado en otro lugar de las Constituciones (“*para pasar adelante en las virtudes ayuda mucho el buen ejemplo*” [Co 276]), el P. General enseñará el camino de vida al jesuita primordialmente sirviéndole de modelo. Ignacio se apropia conscientemente de un antiguo principio de la vida monástica y religiosa: que más que de una *Regla* escrita, sacamos provecho de una “regla viva”, una persona que vive lo que tales documentos intentan describir. La implicación para el proceso de elegir un nuevo Superior General es que la Compañía, primero y sobretodo, necesita a alguien que sea un buen ejemplo en el camino de la vida del jesuita.

Hay tres cualidades que son particularmente llamativas en el retrato que hace Ignacio: amistad con Dios, magnanimidad y sabiduría práctica. Me detendré sobre todo en éstas, sin dejar de mencionar más brevemente otras también notables.

Amistad con Dios

En la primera cualidad, mirando al Espíritu. Ignacio quiere a alguien que “*sea muy unido con Dios nuestro Señor y familiar en la oración y todas sus operaciones*” [Co 723]. Las cualidades espirituales de un futuro posible P. General son las más importantes.

El énfasis en la espiritualidad debe ser interpretado a través de las lentes de un humanismo integral auténticamente ignaciano. Ignacio no quiere un solitario que gaste largas horas en oración cada día. Quiere a alguien que tenga amistad con Dios en la oración y “*en todas sus operaciones*”, es decir pensamientos, afectos y acciones. En otras palabras, tenemos aquí el subrayado característico ignaciano de encontrar a Dios en todas las cosas. Como tuvo ocasión Ignacio de recordar al novicio demasiado piadoso Francisco de Borja, “*sin duda es mayor virtud del alma y mayor gracia poder gozar de su Señor en varios oficios y en varios lugares que en uno solo*” (Carta del 20 de septiembre de 1948). Es importante que el P. General sea una persona de oración. Pero es sobre todo importante que tenga la espiritualidad de ser contemplativo en la acción.

¿Por qué la espiritualidad del Superior General es tan importante? Hay una consonancia aquí entre cómo sea el P. General y para qué es la Compañía: para “*ayudar a las almas*” en su camino hacia el definitivo final en Dios. Como expresamente dice Ignacio en otro lugar de las Constituciones: “*Para la conservación y aumento, no solamente del cuerpo y lo exterior de la Compañía, pero aun del espíritu de ella, y para la consecución de lo que pretende, que es ayudar las ánimas para que consigan el último y supernatural fin suyo, los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que se rija bien de su divina mano, son más eficaces que los que le disponen para con los hombres*” [Co 813]. Por eso es por lo que el Superior General debe ser un líder espiritual, que emplee medios espirituales para un fin espiritual.

Magnanimidad

Ignacio señala la *magnanimidad* como una virtud especialmente importante para el P. General [Co 728]. Tradicionalmente esta virtud se define como el estar dispuesto a emprender hazañas gloriosas. Lo que puede crear problemas, porque el famoso retrato del hombre magnánimo de Aristóteles,

El P. General enseñará el camino de vida al jesuita primordialmente sirviéndole de modelo.

ideal del hombre griego, puede pecar de autosuficiente, y por tanto, difícilmente encaja con el ideal bíblico o cristiano. Sin embargo hay un núcleo básico en esta cualidad originalmente greco-romana que sí que es apropiado por la tradición cristiana; a saber, el deseo de ir siempre más allá en lo bueno, amalgamado con las virtudes bíblicas de humildad y amor.

La virtud ignaciana del «magis»: no contentarse con cualquier cosa, sino andar buscando siempre lo que es para mayor gloria de Dios.

Esta clase de magnanimidad más centrada en otro que en uno mismo, es la virtud afirmada por Ignacio. Su vida de joven estuvo marcada por la búsqueda de la ambición y gloria mundanas. Su conversión le llevó lejos del narcisismo a la búsqueda de la mayor gloria, no de sí mismo, sino de Dios. La magnanimidad se convirtió entonces en la virtud ignaciana del *magis*: no contentarse con cualquier cosa, sino andar buscando siempre lo que es para

mayor alabanza y gloria de Dios. Los que estuvieron más cerca de Ignacio reconocieron en él esta virtud de un modo eminente.

Lo característico y tal vez más original en la lectura de Ignacio de la magnanimidad, es su franca dirección hacia Dios. La magnanimidad hace comenzar proyectos precisamente “*en el servicio de Dios nuestro Señor*”. Por eso, la actitud requerida para comenzar los Ejercicios es “*un grande ánimo y liberalidad*” [Ej 5]. Lo grande en la magnanimidad de Ignacio es lo evangélico, no una grandeza mundana inflada por el éxito. Lo que Ignacio espera para un P. General es que sea alguien capaz de vivir una tensión dinámica entre un reconocer humildemente la realidad y sus limitaciones, y sin embargo estar abierto magnánimamente a lo que el Espíritu pueda hacer posible para mayor gloria de Dios.

El Papa Francisco nos ha dado una acertada traducción de la magnanimidad ignaciana en términos de hoy, describiéndola como la meta de la formación del jesuita: “*Gracias a la magnanimidad, podemos siempre mirar el horizonte desde la posición donde estemos. Esto significa ser capaces de hacer las cosas pequeñas de cada día con un corazón grande abierto a Dios y a los otros. Significa ser siempre capaces de apreciar las cosas pequeñas dentro de grandes horizontes, los del Reino de Dios*”.⁴

‘*Un corazón grande abierto a Dios y a los otros*’ es una definición exacta de la santa y desinteresada ambición de la magnanimidad, que llevó a Ignacio “*a iniciar grandes hazañas en el servicio de Dios nuestro Señor*.”

⁴ “*Un corazón grande abierto a Dios*” (19 septiembre 2013). Véase también: “*Discurso del Papa Francisco a los estudiantes de los colegios jesuitas de Italia y Albania*” (7 junio 2013).

Sabiduría práctica

No es sorprendente que Ignacio dé tanta importancia a la necesidad de una excelencia académica en el Superior General, ya que “*la doctrina es muy necesaria a quien tendrá tantos doctos a su cargo*” [Co 729]. Hoy seguimos siendo conscientes de la importancia del buen nivel intelectual para cumplir la tarea que la Iglesia pide a la Compañía, como el Papa Benedicto XVI nos recordó en la Congregación General 35.

Pero, sin embargo, hay otra virtud todavía más importante para Ignacio que los logros intelectuales. Se llama con diversos nombres: *prudencia*, *discreción* o *discernimiento*. Mirando hacia atrás, al período que sigue inmediatamente a su conversión en Loyola, Ignacio reconoce su propia inmadurez espiritual en esta etapa de su peregrinación, cuando actuaba “*no mirando a cosa ninguna interior, ni sabiendo qué cosa era humildad, ni caridad, ni paciencia, ni discreción para reglar ni medir estas virtudes*” [Au 14]. Éste es uno de los textos que demuestran que para Ignacio el entendimiento de la vida espiritual tiene una cercana conexión con las virtudes, y subraya además su conocida y gran estima de la *discreción* o *prudencia*.

‘*Prudencia*’ es el nombre de una virtud cuyo significado ha ido reduciéndose con el correr de los tiempos. Hoy entendemos que la persona *prudente* es cauta, egoísta e incluso oportunista. Sin embargo *prudencia* o *discretio*, en la tradición en la que Ignacio hablaba, es la virtud en la que se apoyaban todas las demás virtudes: la sabiduría práctica para saber cómo dirigir mi vida, deseos y acciones aquí y ahora, a la luz de mi orientación hacia mi último fin. Esta ‘*sabiduría práctica*’ o ‘*buen sentido*’ se reconocía que era fruto de la reflexión sobre la experiencia. Curiosamente, es una virtud que vuelve a ser hoy estimada, como una respuesta a la pérdida de ética profesional en la vida moderna. En efecto, al privilegiar al conocimiento científico y técnico del experto sobre formas de conocimiento que tengan más que ver con la moralidad, se ha producido un eclipse de los valores humanos menos eficientes y útiles –como puede ser lo ético–, aunque son tan necesarios.

Si quisiéramos destacar en toda la tradición cristiana, un valedor de esta virtud de la *discreción* o *prudencia*, difícilmente encontraríamos otro mejor que Ignacio. El autor de los Ejercicios Espirituales exhibió un don particular para educar a otros en el discernimiento y en la habilidad para hacer una sabia elección respecto a la disposición total de la propia vida. El que da los Ejercicios debe emplear *discreción*, aplicando las normas establecidas por Ignacio, de una manera acomodada a las parti-

cularidades del temperamento y necesidades espirituales de cada persona. En las mismas Constituciones, casi dentro de cada capítulo, se fomenta un lógico y prudente discernimiento, ya que continuamente somos exhortados a tomar decisiones según las “*circunstancias de tiempos, lugares y personas*” [Co 351,746]. El modo de proceder de la Compañía de Jesús es el de poner la confianza, no tanto en la estricta aplicación de unas reglas, cuanto en el buen sentido del jesuita formado que discierne.

Pedro de Ribadeneira, en sus observaciones sobre el modo de gobernar de San Ignacio, resalta continuamente la discreción y prudencia de éste. Por ejemplo, observa que Ignacio siempre estaba inclinado a tratar de manera diferente a los diversos jesuitas, según la medida, no de sus gustos, sino de sus necesidades, porque “*le parecía espíritu indiscreto el medir las cosas desiguales con igual medida*”.⁵ Para Ribadeneira, Ignacio también manifestaba su buen sentido cuando sacaba lo mejor de los diferentes jesuitas, especialmente de aquéllos que estaban muy bien dotados en un área, pero tenían fallos en otra: “*era tan grande y tan divina la prudencia y sagacidad del Padre, que se sabía servir de lo bueno sin que lo malo dañase, y cogía el trigo sin que la cizaña ahogase la buena semilla del Señor*”.⁶ Por último, Ignacio mostraba una similar sabiduría en saber esperar el momento preciso para corregir a alguno suavemente, siendo muy considerado con la debilidad o inmadurez de un novicio, y sabiendo cómo ganarse a las diferentes clases de gente y atraerlas hacia Dios; ya que, “*la prudencia para acertar debe mirar tanto las circunstancias de los tiempos y lugares, y más de las personas con quienes se trata, y de las mismas cosas que se tratan*”.⁷

Quizá por eso, en el pequeño párrafo sobre la sabiduría práctica del P. General, Ignacio recomienda un triple aspecto del buen sentido [Co 729]: Por una parte, debería tener “*prudencia y uso de las cosas espirituales e internas para discernir los espíritus varios y aconsejar y remediar a tantos que tendrán necesidades espirituales*”. Debería tener también “*discreción en las cosas externas y modo de tratar de cosas tan varias*”. Y finalmente debería tener una disposición a “*conversar con tan diversas personas de dentro y fuera de la Compañía*”. Es decir, debería tener una sabiduría espiritual, una sabiduría práctica y una sabiduría de relación con personas.

⁵ P. RIBADENEIRA, *Op. cit.*, cap. 2º, n.10.

⁶ P. RIBADENEIRA, *Op. cit.*, cap. 4º.

⁷ P. RIBADENEIRA, *Op. cit.*, cap. 5, n.8.

Algunas otras cualidades

Si la magnanimidad, sabiduría práctica y amistad con Dios en todas sus ocupaciones, son las cualidades en las que más expresamente insiste Ignacio, hay también otras cualidades que son dignas de mención: la libertad interior, una amabilidad que es al mismo tiempo justa, un espíritu emprendedor, y una indiferencia capaz de soportar el éxito y el fracaso.

Ignacio dice que el P. General debe ser “*libre de todas pasiones, teniéndolas dominadas y mortificadas*” [Co 726]. Este párrafo refleja un tradicional racimo de virtudes especialmente importantes para Ignacio: templanza, decoro, modestia, que él entiende como la manifestación de la indiferencia del Principio y Fundamento referida a la afectividad. El estar “*libre de afecciones desordenadas*” no es ciertamente estar libre de afectos. Ni un solo día, leyendo su Autobiografía o Diario Espiritual, o experimentando los Ejercicios Espirituales, podría acusarse a Ignacio de una represión de la emoción. Sin embargo, la radical libertad y disponibilidad para hacer la voluntad de Dios que uno desea en los Ejercicios exige el desarraigo de los afectos propios y la libertad sobre el propio deseo.

Ignacio continúa su retrato con algunas cualidades que deberían ser especialmente características de aquél que está al frente de otros: “*que sepa mezclar de tal manera la rectitud y severidad necesaria con la benignidad y mansedumbre*” [Co 727]. ¿Cómo explicar este reto aparentemente tan contradictorio y poco atrayente? Es muy difícil imaginar a una persona que tenga a la vez la dureza de la serpiente y la suavidad de la paloma, una mente fuerte y un corazón tierno. Pero esto es precisamente lo que Jesús espera de nosotros (Mt 10,16).

Ignacio parece estar haciendo aquí algo parecido. En un superior, un corazón suave sin imparcialidad y justicia puede degenerar en cierta clase de condescendencia. De una manera semejante, una justicia que no sea moderada por la compasión y el amor puede ser fría y dura. Así como un buen padre muestra amor a través de la amabilidad y también estableciendo límites razonables, así también debe hacer un superior. Ribadeneira nota que en la práctica, Ignacio usaba “*de mucha blandura cuando el ímpetu de la tentación era vehemente con el novicio, y cuando era menester, mezclaba la severidad con la suavidad, y el rigor con*

Hay también otras cualidades que son dignas de mención: la libertad interior y una indiferencia capaz de soportar el éxito y el fracaso.

la blandura”.⁸ Aunque también admite que, a veces –en el caso de Laínez–, el rigor que usaba Ignacio era “más de admirar que de imitar”.⁹

El estilo ignaciano de liderazgo, marcado por la preferencia de las cualidades de carácter, sigue teniendo validez inspiradora hoy.

Es digno de notar cómo insiste Ignacio en algunas virtudes prácticas del Prepósito General, tales como la fortaleza de ánimo, la constancia y la perseverancia. No sólo le pide “comenzar cosas grandes en servicio de Dios nuestro Señor”, sino además “perseverar constantemente en ellas cuanto conviene, sin perder ánimo con las contradicciones, (aunque fuesen de personas grandes y potentes) ni dejarse apartar de lo que pide la razón y el divino servicio por ruegos o amenazas de ellos” [Co 728]. Repite esto más tarde recomendando la virtud de “ser vigilante y cuidadoso para comenzar, y estremo para llevar las cosas al fin y perfección suya, no descuidado y remiso para dejarlas comenzadas e imperfectas” [Co 730]. Comparando con el enfoque sobre todo interior, propio de la tradición espiritual precedente, el acento en las virtudes ejecutivas se ajusta más al líder de un cuerpo apostólico mundial, algo característicamente ignaciano.

Finalmente, a pesar de valorar tanto las virtudes de ejecución, tampoco Ignacio puede ser acusado de un apego mundano al éxito, porque también recomienda para el P. General la clase de ecuanimidad de alma que es fruto de una profunda indiferencia espiritual, incluso para el éxito o el fracaso, “siendo superior a todos casos, sin dejarse levantar con los prósperos ni abatirse de ánimo con los adversos” [Co 728].

El retrato de Ignacio en la elección de un P. General

Las Constituciones, para los jesuitas, tienen un valor perenne para guiar a la Compañía de Jesús e inspiran nuestra actuación, incluso en contextos diferentes de los de Ignacio, para vivir a tope ese mismo modo de proceder que ellas describen. Hoy día ganan una relevancia especial en vista del interés contemporáneo, en la teología moral, por las virtudes y el carácter. El estilo ignaciano de liderazgo, marcado por la preferencia de las cualidades de carácter, las “virtudes”, sigue teniendo validez inspiradora hoy. Al menos, constituyen algo a no olvidar cuando queremos hacer un discernimiento para la elección de un nuevo Superior

⁸ P. RIBADENEIRA, *Op. cit.*, cap. 1º, nn. 11-12.

⁹ P. RIBADENEIRA, *Op. cit.*, cap. 4º.

General. No debemos olvidar que para Ignacio son esas cualidades las que tienen la primacía.

El retrato que él nos hace es innegablemente desafiante. Ignacio dice que el Preósito General “*debe ser de los más señalados en toda virtud, y de más méritos en la Compañía y más a la larga conocido por tal*” [Co 735]. Después de reflexionar sobre las cualidades demandadas en el retrato, puede parecer que éste es tan exigente que no hay forma de encontrar a nadie que se acerque mínimamente a él.

El mismo Ignacio parece que fue consciente de este problema. Por eso añadió en el mismo párrafo un criterio ulterior recogiendo tres únicas cualidades imprescindibles: “*Y si alguna de las partes arriba dichas faltasen, a lo menos no falte bondad mucha y amor a la Compañía y buen juicio acompañado de buenas letras*”. En otras palabras, lo esencial es el tríptico de un carácter sano, un profundo amor a la Compañía, y un buen sentido acompañado de buenas letras.

En terminología contemporánea, podríamos expresarlo así: Sobre todo, el P. General tiene que ser una persona de profundidad espiritual, de amistad con Dios en la oración, en la acción y en sus relaciones humanas. Con libertad de corazón, para que lidere con un amor humilde, justo y valiente. Que sea una persona de iniciativa y perseverancia en el bien, mostrando siempre magnanimidad cuando se enfrente al éxito o al fracaso. Con cuidado de su salud y de su apariencia. Que en el espíritu, alma y cuerpo viva el *magis* con un corazón grande, abierto a Dios y a los demás.

Y si no pudiera estar a la altura de tan altos ideales, los esenciales son: un carácter sano, un profundo amor a la Compañía, y un culto buen sentido. Todos nosotros nos quedamos cortos; confiemos, por eso, en la gracia de Dios.